Tabaquería
Fernando Pessoa
(Portugal, 1888 - 1935)

No soy nada.
Nunca seré nada.
No puedo querer ser nada.
Aparte de esto, tengo en mí
todos los sueños del mundo.

Ventanas de mi cuarto,
cuarto de uno de los millones
en el mundo que nadie sabe
de quién es
(y si lo supiesen, ¿qué sabrían?),
ventanas que dan al misterio
de una calle cruzada
constantemente por la gente,
calle inaccesible a todos
los pensamientos,

¿Qué puedo saber de lo que seré,
yo que no sé lo que soy?
¿Ser lo que pienso? Pero ¡pienso
ser tantas cosas!
¡Y hay tantos que piensan ser
esas mismas cosas
que no puede haber tantos!
¿Genio? En este momento
cien mil cerebros se creen
en sueños genios como yo
y la historia no recordará, ¿quién
sabe?, ni uno,
y no quedará sino estiércol de
tantas futuras conquistas.
No, no creo en mí.
¡En todos los manicomios hay
tantos locos con tantas certezas!
Yo, que no tengo ninguna,
¿puedo estar en lo cierto?
No, en mí no creo.
¿En cuántas buhardillas y
no-buhardillas del mundo

genios-para-sí-mismos a esta hora
están soñando?
¿Cuántas aspiraciones
altas y nobles y lúcidas
-sí, de veras altas y nobles y lúcidas-
quizá realizables,
no verán nunca la luz del sol real
ni llegarán a oídos de la gente?
El mundo es de quien nace
para conquistarlo
y no de quien sueña que puede
conquistarlo, aunque tenga razón.
He soñado más que Napoleón.
He abrazado en mi pecho
hipotético más humanidades
que Cristo,
he pensado en secreto
más filosofías que las escritas
por ningún Kant.
Pero soy y seré siempre
el de la buhardilla,
aunque no viva en ella;

Queda al menos la amargura
de lo que nunca seré,
la caligrafía rápida de estos versos,
umbral abierto hacia lo Imposible.

Al menos me otorgo a mí mismo
un desprecio sin lágrimas,
noble al menos por el gesto
amplio con que arrojo,
la ropa sucia que soy, sin un rol
definido, para el curso de las cosas
y me quedo en casa sin camisa.

(Tú que consuelas y no existes,
y por eso consuelas,
o diosa griega, concebidas como
estatua viva,
o patricia romana,
imposiblemente noble y nefasta,
o princesa de trovadores,
gentilísima y colorida

o marquesa del dieciocho,
escotada y distante
o *cocotte* célebre del tiempo
de nuestros padres,
o no sé cual moderna -no acierto
bien la cual-
sea lo que seas y la que seas,
¡si puedes inspirar, inspírame!
Mi corazón es un balde vacío.
Como invocan espíritus los que
invocan espíritus, yo me invoco,
a mí mismo y nada encuentro.
Me acerco a la ventana y veo la
calle con una nitidez absoluta.
Veo las tiendas, la acera,
los coches que pasan,
veo los entes vivos vestidos
que pasan,
veo los perros que también existen,
y todo esto me pesa como
una condena al destierro
y todo esto es extranjero,
como todo.)

Pero el Dueño de la Tabaquería
se asomó a la puerta y se quedó
a la puerta.
Lo veo con la incomodidad
de la cabeza mal girada,
y con la incomodidad del alma
que no entiende bien.
Él morirá y yo moriré.
Él dejará el letrero, yo dejaré versos.
En un momento dado morirá
el letrero y los versos también.
Después, en otro momento,
morirán la calle donde estuvo
el letrero
y la lengua en que fueron escritos
los versos.
Morirá después el planeta
girante donde pasó todo esto.
En otros satélites de otros
sistemas algo parecido a gente
continuará haciendo
cosas parecidas a versos,

parecidas a vivir bajo el letrero
de una tienda,
siempre una cosa frente a la otra,
siempre una cosa tan inútil
como la otra,
siempre lo imposible tan estúpido
como lo real,
siempre el misterio del fondo
tan cierto como el misterio
de la superficie,
siempre esto o aquello
o ni una cosa ni la otra.

Un hombre entra a la Tabaquería
(¿para comprar tabaco?),
y la realidad plausible cae
de repente sobre mí.
Me enderezo a medias, enérgico,
convencido, humano,
y tengo la intención de escribir
estos versos en los que digo
lo contrario.

Impreso en Bogotá

real, imposiblemente real, cierta,
desconocidamente cierta,
con el misterio de las cosas
bajo las piedras y los seres,
con el de la muerte que traza
manchas húmedas en las paredes,
con el del destino que conduce al
carro de todo por la calle de nada.

Hoy estoy convencido
como si supiese la verdad,
lúcido como su estuviese por morir
y no tuviese más hermandad con
las cosas
que la de una despedida,
convirtiéndose esta casa
y este lado de la calle
en la hilera de trenes de un convoy,
y un largo silbido
dentro de mi cráneo
y una sacudida en mis nervios
y un crujir de huesos en la salida .

Visto esto, me levanto de la silla.
Voy a la ventana.

El hombre salió de la Tabaquería
(¿guarda el cambio en el bolsillo
del pantalón?),
ah, lo conozco: es el Estévez
sin metafísica.
(El Dueño de la Tabaquería
se asoma a la puerta).
Como por un instinto divino,
Estévez se volvió y me vio.
Se despidió y yo le grité
¡Adiós, Estévez!, y el universo
se reconstruyó en mí sin ideal
ni esperanza
y el Dueño de la Tabaquería
sonrió.

Viví, estudié, amé y hasta tuve fe.
Y hoy no hay mendigo al que no
envidie sólo por no ser yo.
En cada uno veo los andrajos,
las llagas y la mentira.
y pienso: tal vez nunca viviste,
ni estudiaste, ni amaste, ni creíste
(porque es posible hacer real todo
esto sin hacer nada de esto.)
Tal vez has existido apenas como
un lagarto al que le cortan la cola
y que es cola antes del lagarto
y se retuerce.
Hice de mí lo que no supe.
y lo que podía hacer de mí no lo hice.
El disfraz que me puse era equívoco.
Me tomaron por quien no era y
no los desmentí, y me perdí.
Cuando quise quitarme la máscara,
estaba pegada a la cara.
Cuando la quité y me vi en el espejo,
estaba envejecido.

pero nos despertamos y es opaco;
nos levantamos y es ajeno,
salimos de casa y es la Tierra entera,
además del sistema solar
y la Vía Láctea y lo Indefinido.

(Come chocolates, pequeña,
¡come chocolates!
Mira que no hay metafísica en el
mundo salvo los chocolates,
mira que todas las religiones no
enseñan más que la confitería.
¡Come, pequeña sucia, come!
¡Si yo pudiese comer chocolates
con la misma verdad con que tú
los comes!
Pero yo pienso y, al arrancar el
papel de plata, que es de estaño,
echo por tierra todo, como he
arrojado la vida.)

Seré siempre *el que no nació para eso.*
Seré siempre sólo *el que tenía*
cualidades;
seré siempre el que aguardó
que le abrieran la puerta frente
a un muro que no tenía puerta,
el que cantó el cántico del Infinito
en un gallinero,
y el que oyó la voz de Dios
en un pozo cegado.

¿Creer en mí? No, ni en nada.
Derrame la naturaleza sobre
la cabeza ardiente
su sol, su lluvia, el viento
que tropieza en mi cabello,
y después que venga lo que
viniere o tiene que venir
o no ha de venir.
Esclavos cardíacos de las estrellas,
conquistamos al mundo entero
antes de levantarnos de la cama;

Estaba borracho, no podía entrar
en mi disfraz.
Arrojé la máscara y
dormí en el vestuario
como un perro tolerado por
la gerencia
por ser inofensivo.
Y voy a escribir esta historia
para probar que soy sublime.

Esencia musical de mis versos
inútiles,
quién pudiera encontrarte
como cosa que yo hice
y no me quedara siempre enfrente
de la Tabaquería de enfrente:
pisoteando la conciencia de
estar existiendo,
como un tapete con el que
un borracho tropieza
o el felpudo que se robaron los
gitanos y no valía nada.

Enciendo un cigarro al pensar
en escribirlos
y saboreo en el cigarro la liberación
de todos los pensamientos.
Sigo el humo como una ruta propia,
y gozo, en un momento sensible
y competente,
la liberación de todas las
especulaciones
y la conciencia de que
la metafísica es el resultado
de una indisposición.

Después me reclino en la silla
y continúo fumando.

Seguiré fumando mientras
el destino lo quiera.

(Si me casase con la hija
de la lavandera
quizá sería feliz).

Hoy estoy perplejo, como
quien pensó y encontró y olvidó.
Hoy estoy dividido entre
la lealtad que debo
a la Tabaquería del otro lado de
la calle, como cosa real por fuera,
y la sensación de que todo es sueño,
como cosa real por dentro.

Fracasé en todo.
Como no tuve propósito alguno
tal vez todo fue nada.
Lo que me enseñaron
lo eché por la ventana del traspatio.
Me fui al campo
con grandes propósitos.
encontré sólo hierbas y árboles
y cuando había gente
era como la otra.

Dejo la ventana y me siento en
una silla. ¿En qué he de pensar?